IN MEMORIAM

EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI Y FERNANDEZ DE HEREDIA

El 20 de mayo de 1985, murió el Profesor Eduardo Ortiz de Landázuri, D. Eduardo, como cariñosamente le llamábamos quienes, de una u otra manera, nos consideramos sus discípulos. Murió en la Clínica Universitaria, después de una enfermedad neoplásica que padeció durante dos años.

D. Eduardo nació en Segovia el 31 de octubre de 1910. Cursó los estudios de Medicina en Madrid, y se incorporó en calidad de Médico Interno al Hospital de Infecciosos. Es entonces cuando conoce a una joven farmacéutica que acudía al hospital con el propósito de realizar la Tesis Doctoral. Era Laurita, que luego se convertiría en su esposa, quien ha sido no sólo la madre de sus siete hijos, sino también el firme apoyo que ha estado presente en todos los momentos decisivos de su carrera. Tras una corta permanencia en Frankfurt (Alemania), se incorporó a la Clínica Médica del Profesor Jiménez Díaz, con quien completó su formación clínica y universitaria. En 1946 obtuvo la Cátedra de Patología General de la Universidad de Granada y pasó luego a ocupar la de Patología y Clínica Médicas. En Granada fue Decano de la Facultad y Vicerrector. En 1958 se embarcó, según sus propias palabras, en la apasionante tarea de hacer la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra. En Pamplona fue Decano de la Facultad de Medicina durante 13 años y Vicerrector durante tres. De 1963 a 1976 fue Director de la Revista de Medicina, continuando hasta su muerte como colaborador habitual y como miembro del Comité Científico.

Durante sus casi tres decenios en la Universidad de Navarra, D. Eduardo guió el desarrollo de la práctica y de la enseñanza médicas, habiendo sido el alma de la Facultad y de la Clínica Universitaria. Al frente del Departamento de Medicina Interna, comprendió que las ambiciosas metas asistenciales y científicas que se había señalado eran inalcanzables sin la colaboración de los Servicios básicos y sin la diferenciación de especialidades dentro de la propia Medicina Interna. Por los primeros años 60 se vivía en España, en algunos Hospitales que iban a la vanguardia, una definida y fecunda tendencia a la especialización. Estas nuevas ideas, en gran parte importadas de Estados Unidos de América, no encontraban, en general, fácil entrada en la estructura piramidal de la Cátedra Universitaria. El Departamento de Medicina Interna de D. Eduardo fue una excepción. Supo siempre dejar hacer, y del seno de la Medicina Interna iban surgiendo Departamentos hijos (de Alergología, Endocrinología, Neurología, Cardiología,...) a los que dio plena autonomía. A nadie se le oculta que cuando un Departamento unitario se diferencia en varias unidades, se originan tensiones, competición por el espacio, el personal o la atribución de los enfermos. D. Eduardo, con una generosidad expansiva, siempre cedió de una manera ejemplar y nunca surgieron conflictos. Como señala su discípulo el Prof. José Bueno [1], D. Eduardo ha sabido renunciar a menudo —¡gran lección de humildad!— a un protagonismo legítimo, y ceder el timón al colega que estimase más idóneo.

1. "El Profesor Ortiz de Landázuri, maestro de la Medicina Interna". Homenaje al Prof. O. de L. Garsi, Madrid, 1984.

Pero esta actitud de D. Eduardo frente al desarrollo científico y asistencial, permitiendo que surgieran nuevas especialidades en el seno de la Medicina Interna, fue motivo también de una preocupación dominante. D. Eduardo estaba convencido de que la Medicina Interna era la piedra angular de la enseñanza del pregraduado. Su profundo sentido universitario le llevaba a tener una visión amplia y unitaria de la Medicina, que era necesario transmitir a los estudiantes. La especialización se había revelado muy eficaz en la asistencia y la docencia específica del postgraduado, pero ¿cómo conjugarla con la formación unitaria que necesita el joven estudiante? El, que era consciente de que el especialista estaba mejor capacitado para enseñar su materia, advertía constantemente del peligro de que el especialista realizase una enseñanza demasiado cargada de tecnología y escasa de concepto. Fue una persona de visión profunda y realista; por eso, era para él un motivo de seria preocupación la excesiva compartimentación de la enseñanza de la Medicina Interna, con su fugaz sucederse de profesores que se alternan en el aula, que no llegan a tratar suficientemente a los alumnos, que no hacen comunidad de docentes y estudiantes. Entonces se produce un grave riesgo: que el alumno no tenga el modelo de un maestro en el que inspirar su propia práctica. Precisamente, lo que de su condición de universitario destaca en el recuerdo de sus alumnos son sus lecciones magistrales a la cabecera del enfermo o en las aulas, lo que llevó a tantos a identificarse con él como maestro.

D. Eduardo siempre amó a la Universidad y así lo demostró por cuantas Universidades ha pasado: primero en Madrid, luego en Granada y finalmente en Pamplona. Todos los presentes en el Acto Homenaje, que la Universidad le rindió en octubre pasado, recordaremos siempre la lección de sus palabras. Cuando le correspondió el turno de hablar, con un gesto de sencillez dejó sobre la mesa los folios del discurso que había preparado y, prefiriendo improvisar, nos dijo que si un día pudiera ser recordado, su deseo era que lo fuera sencillamente por haber sido un universitario. Las Universidades por donde ha pasado le han correspondido a ese amor, y en cada una de ellas ha dejado un recuerdo imborrable, que se ganó con su gran corazón, tanto entre los profesores como entre los alumnos.

Los numerosos enfermos vistos a lo largo de su dilatada vida profesional eran su segundo amor. A todos trató con gran delicadeza y profundo cariño y respeto. Sabía escucharles y conquistaba su confianza desde el primer momento; y a través de los años seguían presentes en su excepcional memoria. Para atender a los enfermos no sabía de horario. ¡Cuántos pacientes habrán sido testigos de las visitas de D. Eduardo a las 12 de la noche o más tarde! Decía alguna vez que a las tres de la mañana se puede salvar una vida; a las nueve sólo se puede certificar una defunción.

A sus discípulos les enseñaba a estar en alerta observación ante el paciente y a no desestimar nunca sus apreciaciones. Para recalcar este hecho solía decir que "el enfermo siempre tiene razón". Utilizaba la moderna tecnología para resolver problemas de diagnóstico, pero mesuradamente, en lo justo, y sólo después de agotar primero la información extraída de una buena historia clínica, y de una diligente y despierta exploración.

La observación de los enfermos fue para D. Eduardo motivo constante para su enseñanza y fuente de inspiración para la investigación clínica. Procuró desde el primer momento equipar adecuadamente un laboratorio de investigaciones médicas y rodearse de científicos capaces que a lo largo de estos decenios han realizado una valiosa investigación.

D. Eduardo era un hombre excepcionalmente dotado para la amistad. Desde el primer contacto con él, uno se quedaba gratamente sorprendido por su gran afabilidad y por la consideración que le merecía. Sabía escuchar y ponderaba las opiniones ajenas, a las que valoraba en su justa medida. Pienso que el hecho de haber sido Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra no obedecía sólo a su capacidad de gestión, puesta a prueba tanto en las gestiones económicas a la hora de sacar adelante la Clínica Universitaria como a la de traer amigos a la Asociación; pienso que más que esto, pesaría su gran corazón, capaz de encenderse y hacer vibrar con empresas grandes y nobles.

Como señalaba antes, para D. Eduardo en el buen hacer de una Medicina de altura era esencial la colaboración de los Servicios básicos. Por mi condición de patólogo, no puedo dejar de recordar, en este momento, su interés por la Anatomía Patológica, materializado en la puesta en marcha y desarrollo de las sesiones clínico-patológicas cerradas, en las que se ponía de manifiesto, junto con su agudeza y su amplio saber, su sentido común y su profunda humildad; en la potenciación de la biopsia clínica; y en la práctica de la autopsia. D. Eduardo consideraba a la autopsia como el mejor libro de texto para el estudiante, y el mejor medio de control de calidad de la Medicina que se hace en un Hospital. Estaba firmemente persuadido de que desde Morgagni hasta nuestros días, la autopsia no había perdido nada de su valor didáctico. Quizá las reprensiones más fuertes que se le han oído —D. Eduardo sabía corregir con toda energía— estaban en relación con la negligencia de las autopsias (a sus colaboradores por no haber vibrado suficientemente para conseguir el permiso de la familia, al patólogo por haber cedido a la presión de hacer una autopsia apresurada o parcial). Consecuente con su forma de pensar rectilínea y realista, cuando se supo ya gravemente enfermo expresó su voluntad de que en su día se le hiciera la autopsia. Deseaba que fuese su última lección de Patología. El día de su muerte, Laurita, su mujer, nos recordó esa voluntad de D. Eduardo, y nos vimos en el duro trance de tener que cumplir con lo que había sido su deseo. Su autopsia no será, sin embargo, su última lección de Patología, en esto D. Eduardo se había equivocado, pues en su estudio histológico, hemos encontrado cuatro lesiones modélicas para la enseñanza práctica. En un primer momento me asaltó la duda de utilizarlas para hacer colecciones para los alumnos; me parecía una falta de delicadeza. Enseguida me dí cuenta de que estaba en un error. D. Eduardo en el Cielo se sentirá feliz al ver que aún seguirá enseñando Patología a las futuras generaciones.

Jesús Vázquez
Decano. Facultad de Medicina